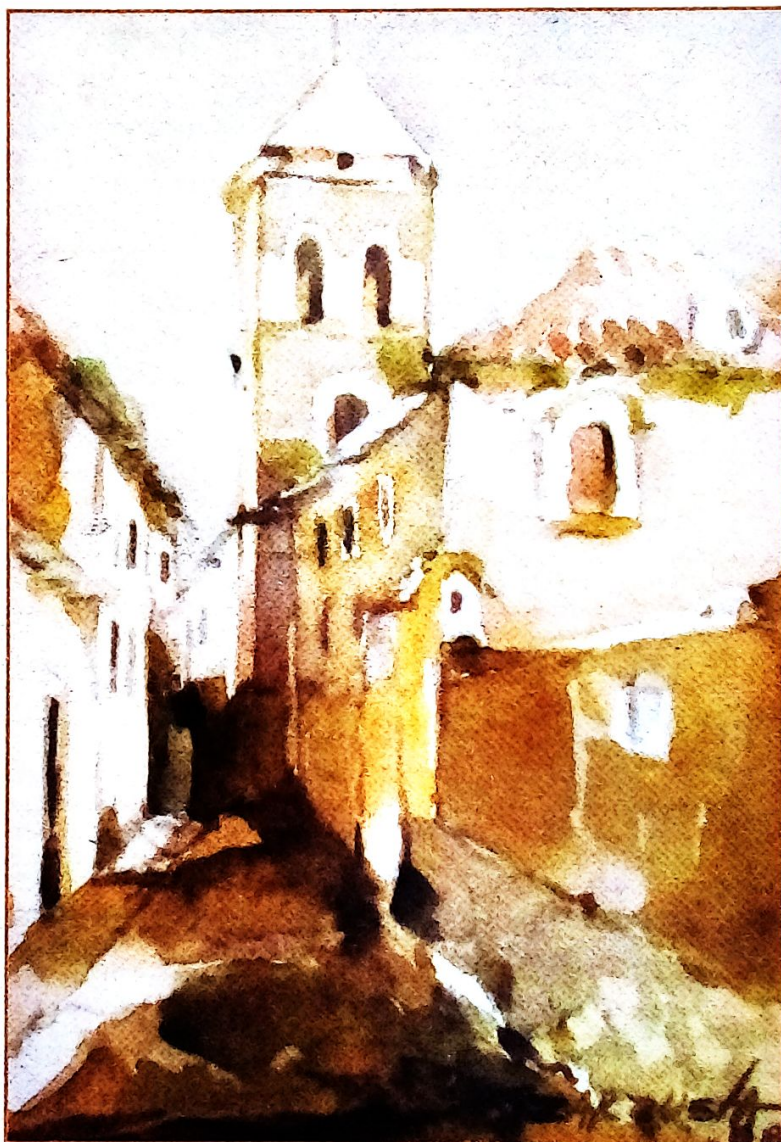




D.L. 5 - 3 - 63 - 10

ISSN 2219-0376



Jorge Luis Borges • César Aira • Francisco Iraizos • Ann Sexton • Ramón Rocha Monroy  
Beniamin Tammuz • Germán Coimbra • Manuel Alberca • El Duende • De los Andes

**LA PATRIA**  
SUB-DECANO DE LA PRENSA NACIONAL

suplemento orureño de cultura

año XXII n° 563 Oruro, domingo 21 de diciembre de 2014







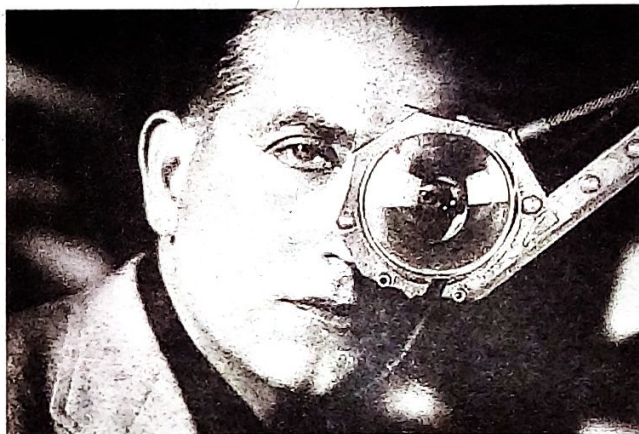
"San Francisco de Potosí". Acuarela. 30 x 20 cm  
Erasmus Zarzuela

## El laberinto

Este es el laberinto de Creta. Este es el laberinto de Creta cuyo centro fue el Minotauro. Este es el laberinto de Creta cuyo centro fue el Minotauro que Dante imaginó como un toro con cabeza de hombre y en cuya red de piedra se perdieron tantas generaciones. Este es el laberinto de Creta cuyo centro fue el Minotauro que Dante imaginó como un toro con cabeza de hombre y en cuya red de piedra se perdieron tantas generaciones como María Kodama y yo nos perdimos. Este es el laberinto de Creta cuyo centro fue el Minotauro que Dante imaginó como un toro con la cabeza de hombre y en cuya red de piedra se perdieron tantas generaciones como María Kodama y yo nos perdimos en aquella mañana y seguimos perdidos en el tiempo, ese otro laberinto.

Jorge Luis Borges. Argentina, 1899-1986.

## Cuenta regresiva



Fritz Lang dijo que él fue el inventor de la cuenta regresiva. Lo hizo en la filmación de su película *La mujer en la Luna*, en la que hay un lanzamiento de un cohete. Dijo que había previsto una cuenta para darle suspenso al despegue del cohete, pero pensó que con una cuenta normal el público no sabría hasta qué número había que llegar... Quizás ya existía antes y él no lo sabía; la cuenta regresiva parece algo demasiado elemental como para que haya tenido que esperar al siglo XX y la invención del cine y de los cohetes para existir. Claro que antes no debía de tener ninguna función; a mí no se me ocurre ninguna, salvo la de jugar con los números. El lanzamiento de un cohete es una operación especialísima, sin equivalentes anteriores. Pero quizás no hubo lanzamientos de cohetes en la realidad, por lo menos grandes y espectaculares, antes de la filmación de esta película, que es de 1928. Tampoco debe de haberlos habido en el cine (Méliès no cuenta, como no lo hace Verne, porque eso no es un cohete sino una bala). De modo que el Fritz Lang fue el primero, y entonces la cuenta regresiva venía casi obligada, lo que disminuye un poco, pero no tanto, su mérito.

César Aira. Continuación de ideas diversas.  
Ediciones Universidad Diego Portales, 2014



el duende  
director: luis urquieta m.  
consejo editor: benjamín chávez c.  
ernasto zarzuela c.  
coordinación: julia garcía o.  
diseño: david illanes  
casilla 448 telfs. 5276816-5288500  
elduende@zofro.com  
lurquieta@zofro.com

[www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende](http://www.lapatriaenlinea.com.bo/elduende)



El Duende no mantiene correspondencia obligatoria  
de publicación con colaboraciones no solicitadas;  
tampoco comparte necesariamente las ideas  
expresadas por sus autores.



## El modernismo en América

Si alguien me dijera que ha visto florecer orquídeas en la meseta de los Andes, no me costaría poco trabajo el creerlo; pero como, después de todo, la noción de que ciertas plantas solo pueden criarse en determinadas condiciones de terreno, humedad y temperatura, es noción moderna y no está bastante asimilada a mi organismo para ser inseparable de mi pensamiento, llegaría tal vez a admitir que aquellos caprichos vegetales arraigan a doce mil pies sobre el nivel del mar, en medio de una atmósfera rarefacta y en un suelo barrido por los vientos de las dos cordilleras.

Otra sería mi respuesta si oyera contar que las orquídeas producidas por la meseta de los Andes, son flores regulares, de pétalos simétricos rodeados del respectivo cáliz. Diría entonces que el autor del cuento no sabe lo que son las orquídeas.

Tal es, aproximadamente la serie de impresiones que debe de haber en el lector de un periodista salvadoreño, al revelarle este la existencia del "modernismo americano", al hacerle entrever el cenículo de los nuevos apóstoles, que no forman docena sino legión, y al abrumarle con la noticia, copiada de *Clarín*, de que la reciente familia permanece en las regiones de lo *etéreo*, de lo *azul*.

¡Modernistas en América, es decir "decadentes" en una tierra que conserva aún el olor de la naturaleza: "místicos" en un ambiente agitado por los ecos de la Enciclopedia; "parnasianos" en las colonias intelectuales de Byron y Musset; "estetas" en el coro que canta himnos a la obra de Edison, el artesano; "diabólicos" en la escuela donde se enseña a conocer al demonio por el catecismo del padre Astete: eso no se concibe ni con la mejor voluntad del mundo!

Y luego, si se recuerda las particularidades que sirven de *substratum* psicológico a la expresión neoliteraria de Europa, como, por ejemplo, la nostalgia de lo desconocido, el cansancio de la realidad, el odio a la canalla, los refinamientos del sadismo y del pasivismo, se las busca inútilmente en el espíritu americano, que tiene a su patria por la mejor de las patrias posibles, y se ríe de Schopenhauer, y se sabe de memoria el código de la igualdad republicana, y practica el amor troglodita ni más ni menos que cuando le sorprendieron los conquistadores.

Ante esta predisposición social y este medio físico, tan abiertamente inhospitalarios, era preciso atribuir a un prodigio la presencia del extraño viajero; pero el prodigio está realizado; hay modernistas en esta América virgen... de modernismo.

Será prudente calificarlos modernistas, con beneficio de inventario. Algunos de ellos, que pregónan sus vicios *finiseculares*, no es más que un tardío imitador de Anacreonte; el otro, que cree descubrir dolores inauditos, remada, sin saberlo, la "desesperación de los románticos"; hay quien fulmina maldiciones contra los tiranos como en los buenos tiempos de Demóstenes y Víctor Hugo, igualmente pasados de moda; y quien dedica sus horas



de ocio a buscar voces en los diccionarios, para agruparlas según el método de los maestros que no emplean ninguno.

El resto se entrega a la menos seria de las ocupaciones: la de perseguir mariposas literarias.

Estos últimos mancebos coronados de amapolas, han de ser los que inspiraron a Leopoldo Alas la ocurrencia de que el modernismo americano está en el período de lo *etéreo*, de lo *azul*.

Y es engañosa la similitud de los modelos. Tal plegaría de Verlaine a la Virgen parece una perla diáfana, cuajada en el purísimo manantial de la fe, donde beben el niño y el carbonero de la leyenda católica.

¡Pero cuán lenta y dolorosa elaboración cuesta esa lágrima del *Atormentado*! Es el producto de transformaciones que espantaría a Fausto; un hornillo infernal le prestó su fuego; se preparó en retortas de lujuria y

pasó por alambiques de remordimientos para ir a caer sobre la flor del sacrilegio, en cuyos pétalos se balanceó largo tiempo, antes de mostrarse al orbe como la gota de la fuente cristalina, en que se abreva la grey de los castos y de los pobres de espíritu.

Tan complejos y refinados como Verlaine son los demás del *Decadentismo* y ofrecen todos ellos la misma dificultad de imitación para los que no tienen, siquiera en proporciones modestas, esta intensidad patológica que alivia dando a luz obras divinamente perversas.

¿Cuánto tiempo durará la incompatibilidad del genio americano con la evolución artística que nos alucina y seduce?

No he leído el concepto íntegro del ilustre predicador de "paliques"; pero sospecho que con tal paradoja solo ha querido decir que los modernistas de América no son tales modernistas; que las orquídeas psicológicas

arraigadas entre la nieve de los Andes no son tales orquídeas, sino florecillas blancas y comunes semejantes a las que pueden nacer en cualquier Laponia intelectual.

Y añade el periodista salvadoreño citador de *Clarín*, que su modernismo es "sano" y no llegará tal vez al grado de corrupción del parisiense. Sano es, en efecto, como los burgueses coloradotes que hacen la filosofía de la digestión con el mondadienes en la boca; es cándido como las camelias que la adornan, y es tan inocente que no vislumbra la idea socrática despertada por el nombre de "efebo" con que se bautiza.

El modernismo verdadero, exceptuando su cabotinismo simbólico y su ecolalia infantil, es una de las aristocráticas y tentadoras enfermedades. Obedece a esa vaga inquietud que se apodera de un cerebro para el cual no tiene finalidad la existencia; busca en todos los rincones del pensamiento, sacudiendo todas las fibras del organismo, más allá del dolor y del placer, más allá del bien y del mal, una gota de agua salda que haga soportable el insipido manjar de la vida ordinaria.

De ahí provienen sus hermosas aberraciones, su manía de lo imposible, su odisea al través de todos los infiernos y de todos los paraísos.

Me felicito de que nuestros jóvenes se sientan atraídos por esta enfermedad que, según la valiente expresión de Gómez Carrillo, es preferible a la robusta salud que disfruta la bestia humana; pero si no poseen un haz de nervios irritable a la más ligera excitación de lo desconocido; si perciben el mundo exterior como lo percibe la paquidermis de la generalidad; si se entusiasman por lo que interesa al comerciante, al empleado y al agricultor; si se advierten perfectamente equilibrados y adaptables al ambiente social que les rodea, no les conviene cultivar las nuevas formas literarias ni adquirir un modernismo periférico que no que no resistirá al más superficial examen de la crítica.

No lo sé; pero mientras no se transfigure aquel, solo tendremos modernismo de aluvión, y el rey Rubén Darío reinará sobre los mil ruseñores que gorjean en su garganta, sobre las estrellas que descienden a contarle sus secretos, sobre las hadas que le visitan en sus sueños, sobre las armonías que despiertan a su paso, sobre las miradas de seres que brotan al soplo de su mágica y soberana fantasía.

Algo incorpóreo es su reino, pero no sería raro que muchos monarcas los quisieran para sí.

Francisco Iraizos. La Paz, 1857-1930. Ensayista, abogado y periodista. Tomado de la antología "Medinaceli escoge", 1967





## Lo que puede aprender un poeta



Hay varios maestros (y personas) llamadas Robert Lowell y yo solo intentaré hablar de uno de ellos. El señor Lowell con el que estudié durante el otoño de 1958 y el invierno de 1959 era un hombre sabio y un maestro certero. Con esto quiero decir que generalmente estaba en los cierto con respecto a un poema.

La clase se reunía los martes en la Universidad de Boston, de dos a cuatro, en un recinto lúgubre con forma de caja de zapatos. Era un lugar sombrío, que parecía haber estado sumido en el olvido durante años, como la sala de las hilanderas del castillo de la Bella Durmiente. No se nos permitía fumar, pero todo el mundo fumaba lo mismo, usando sus propios zapatos como ceniceros. Desacostumbrada a tomar clases, esta me parecía lenta y desangelada. Pero yo había entrado por la puerta trasera y no era buen juez. En el verano de 1958 había hecho una corta peregrinación para conocer a W. D. Snodgrass en un congreso de escritores en Aníoch. Me preguntó si había estudiado con Lowell e insistió en que debía hacerlo... de inmediato.

Nunca había ido a la universidad y sabía tan poco de poesía y de otros poetas que me sentía grotescamente fuera de lugar en el seminario para graduados de Robert Lowell. Había alrededor de veinte estudiantes —diecisiete graduados, otras dos amas de casa (que eran graduadas en algo), y un muchacho que se había pasado de contrabando desde el Instituto Tecnológico de Massachussets. Yo

era la única de la clase que no había leído *Lord Weary's Castle*.

El señor Lowell era formal a la manera de nueva Inglaterra, poco fluido, tenía una voz suave y hablaba lentamente. Me parece que la gente recuerda la voz del maestro que amaron mucho tiempo después de haber olvidado lo que decía. Al menos, eso he notado en el caso de los poetas y sus maestros. La reverencia del señor Lowell por la voz de John Crowe Ransom era algo que nunca entendí hasta hoy, cuando me encuentro recordando la voz de Lowell y la manera en que él podía leer un poema. Al principio me impacientaba llena de ideas y sentimientos y del deseo de interrumpir su lenta lectura verso por verso del trabajo de un estudiante. Leía el primer verso... se detenía y hablaba en detalle sobre él. Yo quería leer todo el poema rápidamente y después volver sobre él. No veía ningún mérito en arrastrar morosamente el asunto hasta que uno terminaba casi por odiar la condenada cosa... incluso el propio poema, especialmente el propio. En este punto le escribí al señor Snodgrass manifestándole mi impaciencia, y él me respondió así: "Francamente, yo solía bajar la cabeza ante cada una de sus afirmaciones, y me enseñó mucho más de lo que me hubiera podido enseñar toda una banda de académicos". Así que mantuve la boca cerrada. Y Snodgrass tenía razón.

El método de enseñanza de Robert Lowell es intuitivo y abierto. Después de leer el poema de un estudiante, lee otro que el primer poema le ha evocado. La comparación suele ser dolorosa. Lowell trabaja con un helado cincel y con tanta piedad como un dentista. Elimina la putrefacción. Pero aun- que nunca es amable con el poema, sí lo es con el poeta.

En noviembre le di un manuscrito para ver si le parecía "que era un libro". En general se mostró entusiasta, pero me sugirió que descartara la mitad y que escribiera otros quince poemas que fueran mejores. Señaló los más débiles y yo bajé la cabeza y los descarté. Suena demasiado simple decir que yo tan solo —tal como él dijo en una oportunidad— salté las vallas que él había puesto en mi camino. Pero lo que hace la diferencia es quién pone las vallas. Él definió la meta y actuó como si yo fuera un buen caballo de carrera para que pudiera correr naturalmente por la pista.

Desde ese año y ese libro he conducido dos veces hasta Marlborough Street para verlo en su estudio de la planta alta. La mucama me abrió la puerta y yo trepé laboriosamente por los tres tramos de la anticuada escalera. Estaba sentado ante su enorme escritorio, hablando de la misma manera lenta y minuciosa. Reescribí tres veces un breve poema lírico, hasta que él quedó satisfecho. La dis-

tinción de Robert Lowell como poeta es que sabe cómo controlar su fuerza, y su distinción como maestro es que nunca se impresiona con el despliegue de imágenes o sonidos (esas cosas con las que un poeta nace, en cualquier caso).

La última vez que vi al señor Lowell fue hace más de un año, antes de que se fuera a Nueva York. Lo echo de menos como todos los aprendices echan de menos a su primer maestro verdadero. Es un hombre modesto y un crítico incisivo. Me ayudó a desconfiar de la frase musical fácil y a buscar la franqueza del habla común. Si una tiene suficiente energía natural, él puede enseñarle a controlarla. No me enseñó qué poner en un poema, sino qué sacar. Me enseñó a tener gusto. Tal vez eso sea lo único que se le puede enseñar a un poeta.

Ann Sexton.

Poeta norteamericana, 1928 -1974.

Tomado de "Diario de Poesía"



Ann Sexton



## Todos los cominos conducen aroma

### Los brócoli en la vida de Óscar Wilde

James Joyce, el célebre escritor irlandés, dio cierta vez una conferencia que titulaba: "Irlanda, tierra de santos y de sabios". El público italiano acudió, muy divertido, pues no conocía a los irlandeses precisamente por esos dos atributos, pero Joyce explicó de modo inobjetable por qué esa tierra de los sabios y viejos druidas, que fue refugio de santos en la más remota Edad Media, se había venido a menos por la cruel dominación del imperio inglés, que mantuvo a la verde colonia irlandesa al borde de la hambruna. Por eso Tristram

Hombre del Claver Verde-, tenía costumbres sexuales, por decirlo así, heterodoxas. Mientras los caballeros ingleses fumaban magníficos puros, él prefería las femeninas cigarettes –los actuales cigarrillos– que tuvieron que esperar a Humphrey Bogart para convertirse en tabaco para hombres. Así se dice que enamoró al hijo de Lord Queensberry –legislador de las reglas del box moderno– y pagó muy caro su gusto, pues la justicia inglesa se vengó de las agudas críticas de Wilde contra la hipócrita moral victoriana que escondía la crueldad británica en las colonias, y lo condenó a trabajos forzados. Más tarde dijo Wilde que nada le dolía más que la obligación de bañarse en la

### Los poetas gordos

Cuenta Neruda que en 1938 vivía en París junto al poeta español Rafael Alberti, y que al pasear a orillas del Sena, solían comparar sus perfiles con los tomos de libros viejos que venden los "bouquinistes" parisienses. Entonces Rafael comentaba: "Ya estoy pasando al quinto tomo de *Los Miserables*"; y Neruda le respondía. "No he aumentado. Alcanzo solo a *Notre-Dame de París*". Para Rafael Alberti, su época fue la de los poetas gordos y rotundos, como él y Paul Eluard. "El tiempo de los pálidos y delgados portaliras fue el siglo XIX con la lira desnutrida que suspiraba en forma sublime", comentaría después Neruda.

cia con la voluptuosidad árabe y el espíritu democrático y popular de todo buen cholo boliviano.

Pues bien: en casi un mes de cálidas batallas, ambos poetas agotaron no solo las reservas de Tokay, un vino tan viejo que ya lo saboreaba el Conde Drácula, sino la variedad húngara de sopas de pescado y de guisos picantes, a los cuales ya eran afectos en sus respectivas patrias.

El libro merece muchas reseñas que escribiremos oportunamente; pero quisiera rescatar nada más una impresión: la honda relación carnal que hay entre el buen comer y la poesía, menos sombría pero tan intensa como ese matrimonio oscuro entre la noche,



Óscar Wilde



Pablo Neruda

Shandy decía que los niños de esa tierra maravillosa maman hasta los cuatro años y esa dulce costumbre les implanta en el estómago un forro interior que les permite beber apocalípticas cantidades de cerveza y whisky –irlandés, no escocés–, sin que les haga efectos ostensibles, cerveza y whisky sobre papas, leche y castañas, sus alimentos principales, a tal punto que fríen aun la carne en mantequilla y no en aceite o manteca.

El resultado es una raza festiva y alegre, que parece haber dorado su viejo linaje celta en un homo latinoamericano, presto al más colorido buen humor y a la apariencia más notoria y a ratos espectacular. Tal fue el caso de Óscar Filgan O'Flahertie Wilde, príncipe de las letras inglesas del siglo XIX y autor de cierta frase que es lema universal de la militancia de la buena vida: "El trabajo es la maldición de la clase bebedora". Wilde fue el mejor alumno de todo su siglo, fino poeta, novelista y autor de teatro y, last but not least, gran billarista. "Un dandy culto y snob que amaba la buena vida y los placeres riesgosos", según la bella definición de nuestro maestro, Abel González.

Como buen dandy y snob –le decía El

misma agua sucia y maloliente donde lo precedía un centenar de presidiarios (puaj), crueldad inglesa que nada tiene que enviar a la más refinada tortura china.

Una vez en libertad, emigró a París, vivió cerca del viejo mercado de Les Halles y allí pudo experimentar el arte de la buena cocina. "Como buen irlandés regresó a las papas del pirata Raleigh, a la leche, a las castañas, a las nueces y a las tortas de miel"... "Unía los ingredientes más dispares con la sabiduría de un sacerdote druida y su alquimia coquinaria no conocía límites", dice González, a quien le debemos el rescate de la receta que sigue:

### Brócoli a la Óscar Wilde

Remojar 8 horas 200 gramos de castañas secas y cocinarlas hasta llenarlas de ternura. Cortar 2 puerros en rodajas finas y saltearlas en sartén con ramitas de apio. Dar un hervor al brócoli. Preparar salsa blanca bien espesa, condimentada con nuez moscada, pimienta y una gota de vainilla. Mezclarla con las castañas, el puerro y el apio y verter un poco en una fuente. Echar los brócoli y cubrirlos con el resto de la salsa, perejil picado y queso gruyere rallado. Gratinar al horno y servir con cerveza negra dublinesa... o un buen champagne.

Quiso el destino que el Neruda de rostro afilado que paseaba por París el 38 se convirtiera en esa amable foca de hablar untuoso y cachucha de pelicano, que cosechó en su madurez la gloria sembrada cuando era un pálido y delgado portalira. Grata iniciativa tuvieron entonces los poetas húngaros, al convocar a Neruda y a Miguel Ángel Asturias a un tour gastronómico por Budapest, cuando ambos eran ya dos rotundas carabelas cruzando el Danubio que separa los dos grandes barrios de esa hermosa capital: Buda y Pest. De ese viaje prodigioso entre párpicas y vinos misteriosos resultó un libro que tiene la cualidad de haber sido escrito con el ph alcalino, sin gota de acbar ni de pensamiento crítico contra nadie. Libro fiel al buen humor y el estilo de vida de dos Premios Nobel de Literatura, "Comiendo en Hungría" es una joya editorial que guardo con especial cariño, porque apenas tengo una fotocopia que, en realidad, no me regaló, sino me vendió mi invariable amigo Tavo Giacoman, no en vano descendiente de Noé por su abuelo armenio y poseedor de una copiosa información genética y cultural que combina la astucia feni-

la bohemia y el poeta suicida. Neruda pasó hambres, persecuciones, huidas, exilios; soportó estoicamente un cáncer terminal y murió de pena y estupor por el cruento golpe de estado de Pinochet. Sin embargo, a juzgar por sus confesiones y por el testimonio de sus amigos, fue un poeta solar cuya órbita giraba en la Constelación de la Buena Mesa. Quizá por eso, cuando sus restos fueron trasladados al peñón de Isla Negra donde solía escribir de cara al mar, la mayor parte de sus deudos eran los vendedores y cocineras del mercado vecino, con quienes regateaba amistosamente el precio de los mariscos y compartía un caldillo de congrio, su plato preferido. De él dejó una receta en verso, que no nos resistimos a publicarla.

**Ramón Rocha Monroy.**  
**Cochabamba, 1950. Escritor,**  
**gastrónomo y periodista.**





# Horiz

Cierta vez, en un día de invierno, vio cómo los nubarrones se desplazaban formando un bloque compacto, para descargar todo el brío contenido en su pecho sobre las montañas lejanas. Entonces la tierra se estremeció de placer y el verde de las lomas pareció arder en una llamarada oscura. Y mientras miles de bocas sedientas absorbían allí el potente aguacero, frente a él se abrieron los pórticos del cielo y una franja azul de radiante belleza se asomó a contemplar la escena que se desarrollaba a la lejos. El niño sonrió y se dijo: papá y mamá.

Lágrimas de alegría llenaron sus ojos, y corrió hacia la casa, transido de gozo.

Pero ahora era verano.

El campo estaba caliente. Aplomadas tortugas de piel reseca y ojos pequeños y brillantes como ojos de viejos iban y venían, y su caparazón rozaba el suelo produciendo un sonido similar al del arado arrastrado por un caballo. Lagartijas gráciles, delgadas y sinuosas se escurrían entre los tallos de las espigas y la tierra las engullía una tras otra.

Al otro lado del prado se erguía una hilera de cipreses y más allá se extendían las acacias que llegaban hasta las arenas rojizas, las verdeantes colinas y las montañas de color violeta. Entre las montañas de color violeta. Entre las montañas se abría de tanto en tanto un minúsculo valles, y allí se veía cómo el cielo besaba la tierra, despidiéndose, para dejarse llevar por su cortejo de nubes y por las volutas ondulantes del aire.

En las mañanas, cuando abría sus ojos frente a la ventana rodeada de verde, aún se veían las gotas de rocío desprendiéndose de las briznas de hierba y evaporándose sobre el cristal. Descalzo hollaba el césped del patio, humedeciendo las plantas de sus pies con los restos de frescor que ascendían y se perdían en el sol.

Mientras se encaminaba hacia la escuela, situada en la calle principal, se detenía junto a los cercos de acacias para soplar las flores jaspeadas y llenar los pulmones con su fragancia amarilla.

Un camaleón suspendido de una rama, que enfrascado en sus pensamientos había olvidado cambiar sus colores, abrió una boca rosada y susurrante y se deslizó con presteza cuando el niño extendió su mano para atraparlo.

El globo del sol se asomó al sendero arenoso, para elevarse luego, cándente, en el aire matinal. El niño volvió su cara hacia él y parpadeó, permitiendo que le calentara ora la mejilla derecha ora la oreja izquierda, mientras él se quedaba parado ahí, sonriéndole. Por un momento olvidó hacia dónde se dirigía. Pensó desandar su camino para llegar al lugar desde donde el sol sale, allí donde el cielo y la tierra establecieron su morada para tocarse y prodigarse besos e intercambiar sus caricias en silencio, al alba y al anochecer. Pero de inmediato recordó la escuela, al alba y al anochecer. Pero de inmediato recordó la escuela, y los cuarenta niños y niñas que se congregaban diariamente en el aula grande y lo miraban en forma abiertamente burlona, porque era pequeño y diferente. Desganado y apenado le dio la espalda al sol y a la luz que lo bañaba y enfiló en dirección a la calle principal. Pero antes de llegar a ese edificio hostil el sendero le depararía todavía algunas maravillas.

El rosál que crecía junto al banco de piedra en el patio cercano había abierto esa noche tres ojos rojos con los que aúsbaba hacia la calle, ruboroso y feliz. El niño se detuvo para contemplarlo, e intimidado también él por ese rojo majestuoso, bajo la mirada, arrullándolo con su voz y sintiendo que su corazón ansiaba abrazarlo y besarlo.

Pasó un carro cargado con cestos de uvas, los racimos rebasando



por los costados, sacudiéndose sobre las ruedas aprisionadas en sus aros de hierro y chirriando por el empedrado.

El niño giró la cabeza y sus mejillas ardían. Durante un largo rato siguió con la vista el carro, mientras este avanzaba hasta desaparecer en un recodo, con su estruendo sonoro y con la alegría de la vendimia que había traído consigo, esparciéndola en los racimos verdes y negros que fueron quedando a la vera del camino.

Ahora solo debía pasar delante de dos o tres casas de techos rojos. Desde sus patios lo observarían los álamos con sus altas copas blancas y rumorosas, y los eucaliptos perezosos y fatigados que a veces le hacían cosquillas con la punta de sus hojas afiladas y olorosas. Lanzó una mirada temerosa a la estatua imponente de los árboles, y se escabulló entre ellos hacia la entrada de la escuela y hacia el largo pasillo que recorría el edificio. Solo entonces se percató de que había llegado tarde una vez más, y que desde las aulas se elevaba el murmullo de las clases.

Aflojó el paso y vio en su imaginación los cuarenta pares de ojos, y oyó la voz del maestro que día a día se burlaba de él porque llegaba retrasado y porque era el más pequeño.

"No debimos aceptarte en tercer grado", suele decirle a diario el maestro, con el tono de voz que se emplea al hablarle a los adultos, para resaltar aún más su corta edad.

"No debimos aceptarte, pero nos ablandamos ante tu madre y cedimos a sus ruegos. Tu lugar está en primer grado, solo en primer grado, definitivamente."

Cuando ese día el niño se acercó a la puerta del aula le temblaban las rodillas, y su mano se estremeció al asir el picaporte. Todo estaba sumido en el más completo silencio, y al aguzar el oído le pareció percibir que no había nadie. Se armó de valor y abrió la puerta cautelosamente. El aula estaba vacía.

Dos gorrones que brincaban entre los bancos vacíos salieron volando espantados hacia la ventana, y el golpeteo de sus picos en el vidrio lo entristeció. Pero una paloma silvestre, más sensata, continuó recolectando miguitas muy cerca del escritorio del profesor, y lanzándole cada tanto una rápida mirada, volvía a picotear. La calma de la paloma en ese ámbito que siempre respiraba

enemistad le resultó reconfortante.

"Los niños se fueron de excursión —dijo una voz a sus espaldas— a una excursión por todo el día." Era el portero de la escuela, la única persona entre las paredes de ese edificio que nunca se había burlado de él y nunca había buscado pretextos para agredirlo ni para endilgarle reprimendas o sermones.

El niño lo miró sobresaltado, y después de hacer una extraña reverencia cuyo sentido él mismo no entendió, se precipitó al patio y salió nuevamente a la calle.

Sintió que una gran alegría embargaba su corazón, y después de mirar hacia la derecha y hacia la izquierda optó por dirigirse calle arriba, para festejar el día de libertad que le había caído como un regalo del cielo.

Apurando el paso como si se encaminara hacia una meta definida, o temiendo tal vez que lo hicieran regresara a la escuela, ascendió rápidamente hacia el blanco montículo de greda que se divisaba al final de la colonia. A sus pies había un huerto umbrío, en el cual una noria dejaba oír sus latidos día y noche. Y en su cima crecían dos otros arbustos de jujuba, que en invierno daban un dulcísimo fruto. Ahora los arbustos solamente podían ofrecerle al niño u sombra, pero como él no pedía más de lo que se le daba, lo aceptó contento y se sentó en medio de ella.

Desde allí y hasta donde los ojos pudieran abarcar se extendían solo campos y franjas de acacias que llegaban hasta las laderas de las montañas. Y los cauces secos que surcaban los campos dibujaban líneas zigzagantes que se alejaban, como abriéndose camino hacia las verdes colinas.

Y he aquí que frente a él comenzó una lánguida danza de burbujas de aire, de círculos de luz y de trozos de cielo. Se incorporó y fijó la vista en un ovillo de luz, pequeño y brillante, que flotaba, ascendiendo y descendiendo en el espacio. Lo siguió la mirada, girando la cabeza hasta que esta pareció desprenderse de su cuello, y vio cómo el ovillo de luz desaparecía detrás de uno de los arbustos. Enderezó entonces la cabeza en busca de otro ovillo, y repentinamente regresó aquel que se había escondido, y nuevamente se desplazó ante él. El niño fue bajando su cabeza, y el ovi-





# zonte

llo de luz desaparecía detrás de uno de los arbustos. Enderezó entonces la cabeza en busca de otro ovillo, y repentinamente regresó aquel que se había escondido, y nuevamente se desplazó ante él. El niño fue bajando su cabeza, y el ovillo deluz fue descendiendo al mismo tiempo. Hasta que los ojos del niño se posaron en el lugar donde se junta el cielo y la tierra, y vio cómo el ovillo era acogido entre ambos.

El niño se propuso conducir hacia aquel sitio lejano las partículas de aire y las astillas de sol, todos esos minúsculos vástagos de la luz, para que el cielo y la tierra se alegraran con ese pequeño obsequio que él les haría llegar. Se regocijarían bañándose en ese derroche de luz y su corazón se calentaría y ardería en una inmensa dicha.

El niño comenzó a acumular la luz en sus ojos para enviarla hacia la lejanía. Las luces inundaban a su paso las praderas doradas transportando consigo algo de su oro claro, y desde las colinas bordeadas de verde se llevaban alguna ráfaga impregnada de humedad, y en los lechos secos de los ríos las luces bailoteaban sobre los guijarros encendiendo chispas blancas y frías.

El sol se detuvo en medio del cielo y la tierra toda comenzó a elevar hacia lo alto capas y más capas de luz. Y el cielo enviaba haces de azul hacia la tierra. El niño, sentado entre los dos, dirigía su juego, mientras su corazón rebosaba augurios de bienaventuranza para ambos.

Hasta que fue llegando el ocaso. El arbusto de jujuba trasladó su sombra al otro lado de la colina. El niño se sonrió, entrecerró los ojos y estuvo a punto de quedarse dormido. Pero de pronto se incorporó y se puso en camino hacia la casa de papá y mamá.

Al día siguiente, cuando llegó a la escuela, el maestro avió el registro de asistencia, y con la vista fija en su interior le preguntó:

—¿Dónde estuviste ayer?

El niño permaneció callado porque no supo qué responder.

—No debimos aceptarse en tercer grado —dijo el maestro, enfatizando cada palabra—. Y como si no fuera suficiente con eso, llegas tarde y faltas a clase días enteros.

Y dirigiéndose a los alumnos:

—Nosotros aprendimos ayer cosas importantes. ¿No es cierto, niños, que aprendimos cosas importantes?

Todos los niños asintieron con sus cabezas mientras observaban con maligna expectación, pendientes de lo que sucedería con el niño.

—Veamos —dijo lentamente el maestro—, te voy a preguntar algo relacionado con lo que estudiamos ayer. Si lo sabes, bien. Si no, te enviaré a tu casa y deberás venir con tu madre.

Todos los niños sonrieron festejando la inventiva de su maestro, y se dispusieron a escuchar.

—Y bien —dijo el maestro plantándose con aire victorioso y agitando frente al niño los brazos que emergían de sus mangas cortas—. Te voy a preguntar el significado de una sola palabra que ayer expliqué muy claramente a toda la clase. Presta atención. ¿Qué es el horizonte?

El niño, sorprendido y anonadado, miró al maestro y permaneció callado.

—¿Sabes qué es el horizonte o no lo sabes? —lo apremió el maestro.

—No —dijo el niño.

—Vete de aquí, entonces. Tu lugar no está entre nosotros.

Y mientras el niño recogía sus útiles y los guardaba en la mochila, el maestro volvió a preguntar en todo festivo:

—¿Quién de ustedes, niños, sabe qué es el horizonte?

Y todas las manos se alzaron al unísono.



**Biniamin Tammuz. Rusia, 1919-1989.**  
De: "Antología del cuento israelí"



# Germán Coimbra

**Germán Coimbra Sanz.** Santa Cruz, 1925 – 2007. Poeta, narrador, ensayista, historiador, dramaturgo, lexicógrafo y antropólogo. Ha publicado los poemarios: *"Mientras tanto"* (1960). *"Romances del camino"* (1987). *"La canción que tú cantabas"* (1990). *"Chaquiras"* (1996). *"Gotas de poesía"* (2007). *"Estrellas del amanecer"* (2007).



## Sha-Quibaca

(La cacería)

Se van por el sendero pedregoso  
desparramando risas  
y pisando acuátiles perlas de rocío.

Son cuatro cazadores que se hunden  
en las ondas crespas de la selva.  
Son pequeños los hombres  
bajo los viejos árboles  
y mientras más se adentra  
más pequeños se hacen.  
El sol se filtra entre las hojas  
y les quema tatuajes amarillos  
en sus torsos desnudos  
y al perderse las formas  
no se sabe si es árbol,  
no se sabe si es hombre.

Son almas los cuatro cazadores.

Pasan como neblina entre las ramas,  
con el silencio muerto entre los labios.  
Los trinos de los pájaros se quedan  
encima de los árboles  
y el viento suave se los lleva  
más allá de las nubes.

El *mapono* auguró a los cazadores  
que los cerdos bajarían al arroyo  
y las gamas saltarían en los prados.  
Es por eso que entraron  
a la oquedad del bosque  
donde solo se escucha el golpe tenso  
del arco y la sorpresa del dardo  
que se clava  
y el borboteo de la sangre que corre  
sobre la tierra negra.

Los cazadores fantasmas  
de nuevo se hacen hombres  
y al contar las piezas muertas  
vuelcan sus ojos hacia el alma  
y agradecen al *ishí* protector  
que los observa convertido en gusano,  
y desde la azul fosforescencia  
de las hojas muestra su complacencia.  
Así, los espíritus de los animales muertos  
no entrarán en sus cuerpos.

Vuelven por el sendero al caer la tarde  
desparramando risas,  
porque en el pueblo se encienden las hogueras  
y esa noche comerán sus muchachos.

## Lascivia

Un además resuelto de su mano  
hizo que me acercara.

Cuando estuve a su lado  
sus pupilas estaban encendidas  
y entornaba los ojos  
como cuando se mira  
más allá de la nada.

Me atrajo clavándome las uñas  
en los brazos  
mientras su cuerpo de suaves morbideces  
estaba erguido y temblaba  
como flor de *quitanchi* al viento.

Sus labios entreabiertos  
maduraban al sol como una fruta  
que deseaba morder.  
Su aliento entrecortado me quemaba la sangre,  
y yo le pregunté:

¿Pará qué me llamaste?

## Tres chaquiras

1  
Pretender que yo te quiera  
sin que me muestres apego,  
es querer que hierva el tacho  
sin haber prendido el fuego.

2  
No se enyuntan por amor  
si pal puchero no hay plata,  
que acabándose el ardor  
viene el diablo y los desata.

3  
Sobre mi mano triste  
cayó tu mano  
como un rayo de luna  
transfigurado.

## Posiquish

(El sueño)

No sé cuál de los dioses me está soñando  
y me hace andar por la selva enmarañada  
y por la orilla de estos lagos  
llenos de pájaros  
y nubes blancas de relámpagos.

Soy el sueño de un dios  
porque no siento  
el peso de las nubes en mis sienes.

La tierra, el sol, el agua,  
los hombres, los amigos, los bellos animales  
y nuestros enemigos,  
¿con el sueño de un dios?

No sé a quién preguntar  
si somos almas de las vidas pasadas  
y si el dios nos recibió en su cielo  
porque estábamos muertos.

Estas fiestas de luz y alacridades  
y ríos bordeados de frutales  
y azules mariposas  
no son para mí solo.  
Todos formamos el paisaje,  
pero esto que vemos: las luces, los colores,  
¿son el sueño de un dios que está durmiendo?

Los ancianos anhelan tener el sueño eterno.  
Comprendo su cansancio  
y comprendo a los dioses  
y pienso que en los cielos  
no puede haber monotonía:  
la eternidad no puede ser eterna  
porque renace y muere cada día.

Pedro Shimose afirma que Coimbra Sanz "perteneció a la generación literaria tradicionalista que se propuso estudiar la idiosincrasia regional, exaltar la cultura popular y codificar el habla cruceña en consonancia con dos poetas del pasado: Marceliano Montero y Plácido Molina Mostajo. Encarna la literatura 'engagé', comprometida con su época y su comunidad. Hombre singular, ciudadano embarcado en luchas cívicas, humanista de amplios saberes, de él puede decirse que era un filósofo, en el sentido etimológico del vocablo".



## Don Ramón y la guerra impersonal



Valle-Inclán

Siempre se ha dicho que Valle-Inclán había sido invitado a conocer el frente bélico por una comisión de la República Francesa desplazada a Madrid de la que formó parte Chaumié, convaliente de una herida de guerra, pero dicha invitación no consta en ningún documento. Al parecer viajó comisionado por Prensa Latina de América, pero sus crónicas las publicaría solamente el diario de Madrid *El Imparcial*. El 27 de abril cogió el tren hacia París. Hay que reconocer que, con casi cincuenta años, había tomado una decisión en la que demostraba un gran valor y un desprecio por el riesgo. ¿Qué esperaba encontrar en la guerra? Poco antes de partir, en el curso de una entrevista confesó que ya llevaba hecha una idea de lo que debía y no debía ser la guerra. "La guerra no se puede ver como unas cuantas granadas que caen

aquí o allá, ni con unos cuantos muertos y heridos que se cuentan en las estadísticas; hay que verla desde una estrella, amigo mío, fuera del tiempo y del espacio." En fin, la guerra era apenas un asunto susceptible de ser tratada estéticamente.

Don Ramón debió llegar el 29 de abril a París a la estación del Quai d'Orsay, en donde al parecer le esperaron Corpus Barga, Pierre Lalo y Jacques Chaumié, que fue su anfitrión y le proporcionó un salvoconducto, además de acompañarle al frente. De hecho recorrió los principales enclaves de la línea de fuego, de la Alsacia a las Ardenas, pasando por la Champagne y los Vosgos. En cada visita procedería igual. Después de varios días en el frente Valle-Inclán y Chaumié regresaban a París para descansar y reponer fuerzas, mientras aguardaban un nuevo des-

plazamiento. De todo lo que vio, tomó nota en su libreta de pastas de hule negro, anotaciones que después emplearía en las crónicas periodísticas y en el libro *La medianoche. Visión estelar de un momento de guerra*. Pero la urgencia y el laconismo del diario se me antojan mucho más eficaces que lo que escribirá después. "Las trincheras son grandes zanjas en muchas partes llenas de agua, y siempre enlodadas: verdaderos pecinales." La descripción, fría y sin énfasis, resulta más plástica y expresiva. El paisaje está arrasado. Los pinares, quemados por los gases asfixiantes. Los árboles, deshilachados como esparto. Los bosques, talados por la metralla. Trincheras, alambradas y caminos camuflados por ramajes. Por todas partes se ven cadáveres sin enterrar. Cuerpos destrozados, piernas, brazos, cabezas arrancadas. Masas sanguinolentas de despojos humanos. Los aviones como aves carroñeras vigilan desde el aire. Las ametralladoras no paran de disparar. A lo lejos se escuchan cañonazos. En las trincheras los muertos se amontonan, huelen a muerto, "un olor frío y pavoroso". En la última etapa visitó Verdun, Arrás, Ypres.

A finales de junio regresó a Madrid. ¿Habrá cambiado en algo su idea de la guerra lo que había visto en el frente? En esta ocasión, a diferencia de otros episodios de su vida en los que difundió relatos fantásticos, no incurrió en ninguna invención. La única explicación posible es que lo vivido resultó tan fuerte que no admitía bromas ni fantasías. Antes del viaje, había dicho que ya sabía lo que iba a ver, pero lo visto superó con mucho lo esperado su retina grabó imágenes que demostraban que la guerra de verdad era una cosa distinta a la de los libros de historia. La guerra en directo no tenía nada de grandiosa, pues la destrucción, el dolor y la crueldad innecesaria superaban cualquier expectativa.

Don Ramón no lo dirá abiertamente. El pudor y la reserva le impiden expresar su intimidad, pero lo visto en el frente le ha cambiado la percepción. Esta guerra no tiene nada que ver con las batallas entendidas a la manera caballeresca, en las que los soldados se pueden ver y tocar como en un duelo de honor. En la guerra de trincheras los enemigos se matan a distancia sin mirarse a la cara ni apenas verse. Había asistido al nacimiento de la guerra del futuro, la guerra impersonal. El malestar estaba justificado.

**Manuel Alberca. Investigador del género en la literatura española e hispanoamericana. Tomado de "Letras libres" – octubre 2014**



El 6 de mayo de 1916 Vallejo Inclán, que se encontraba en Francia para visitar el frente francés de la Gran Guerra, anotó en un diario, inédito todavía y conocido como la "Libreta de Francia": "Es terrible cosa ponerme enfermo en el momento en que voy a ver de cerca la guerra." Aquella mañana, en Remiremont, donde había llegado acompañado de su amigo y traductor Jacques Chaumié, se lamentaba de haberse levantado con un fuerte ataque de hiperclorhidria, dolencia que le visitaba a veces desde hacía años, y con dolor de cabeza, la queja no era para menos, pues el contratiempo interfería en la ansiada visita de las trincheras y posiciones del frente en Los Vosgos. En los dos años precedentes, desde que Alemania ocupó Bélgica y avanzó hacia París en agosto de 1914, había devorado las noticias relativas al conflicto. Había planeado visitar el escenario bélico para escribir también un libro sobre la guerra. A esta idea no era ajeno el hecho de que otros escritores españoles y extranjeros, como Blasco Ibáñez y Gómez Carrillo, lo hiciesen antes. Ya era fatalidad encontrarse indispuerto en el momento en que iba a cumplir el deseo largamente alimentado de viajar al centro de la guerra. Los paisajes devastados que vería aquella mañana le acrecentarían el malestar y le producirían un vértigo de pesadilla.

Como es sabido, en España la guerra creó dos corrientes de opinión encontradas, aliadófilas y germanófilas, pero el gobierno y la mayoría de los partidos se declararon neutrales. Valle-Inclán formó parte de los aliadófilos junto a otros intelectuales y artistas como Unamuno, Azorín, Pérez de Ayala, Galdós, Machado, Maeztu, Azorín, Martínez Sierra, Rusiñol y Romero de Torres, es decir, la mayor parte de su generación, a excepción de Baroja y Benavente, que fueron germanófilos. Culminando este movimiento de apoyo a los países aliados, se hizo público en julio de 1915, primero en París y luego en España, el *Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas* (*La guerra europea. Palabras de algunos españoles*) el manifiesto expresaba la solidaridad con la causa de la justicia y de la humanidad que representaban las naciones aliadas contra la agresión al derecho internacional del Imperio Germano.

La aliadofilia de don Ramón no suponía ningún alineamiento con el republicanismo francés, sino el rechazo, como él diría, del "paganismo" germano. Por el contrario, la dirección del Partido Carlista, en el que militaba, se había declarado germanófila. Para Valle-Inclán Francia simbolizaba la tradición cristiana frente al "ateísmo" del norte. A su juicio, una victoria germana sería catastrófica, pues supondría la derrota del ideal cristiano. "Soy aliadófilo porque soy católico." Su admiración por la lucha de los franceses fue absoluta desde el momento en que interpretó que el pueblo defendía una causa nacional y espiritual. "Francia es el país más católico del mundo. Eso es lo que ignoran los católicos españoles, que no son católicos, aunque ellos creen que lo son."



## El duende 2014

## CITA - REFLEXIÓN - DICCIONARIO - BIOGRAFÍA - INFORMACIÓN

AUTOR	EDIC.	TÍTULO
ADORNO, Theodor	546	Mínima moralía
ALMARFUERTE	546	Para los que no nacimos genios.
ARANGO, Pablo	539	Exactitud
BAUN, Vicky	550	Amor
BOHMER, Otto A.	543	Inspiración
BOHMER, Otto A.	559	Naturaleza
BOHMER, Otto A.	551	Big Bang
BOHMER, Otto A.	560	Razón
BOHMER, Otto A.	562	Edad Media
BORGES, Jorge Luis	563	El laberinto
CANDÓN, Margarita	551	A buen entendedor...
CÉSPEDES RIVERA, Guillermo	548	El pintor que murió al atardecer
CÉSPEDE, Man	544	Amor
CLÁSICA BOLIVIANA	561	Cantos floridos
DESPEYROUX, Denise	553	Escuela de filósofos: Karl Marx - Nicolás Maquiavelo
EL DUENDE	548	El Duende aparece con más páginas
EL DUENDE	535	Garcilaso de la Vega, el Inca
EL DUENDE	551	8° Encuentro de Escritores Iberoamericanos 2014
EL DUENDE	553	Erasmó Zarnuela: Maestro de las Artes
EL DUENDE	560	Mes
EL DUENDE	563	Índice 2014
ENCALADA VÁSQUEZ, Oswaldo	542	Diccionario de la vista gorda
ENCALADA VÁSQUEZ, Oswaldo	553	Aspiración
FIORÉ, Joaquín de	554	Visión
FRANCISCO VI	548	Del amor y de la vida
FORD	540	Éxito
GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel	555	Escribir
HITLER, Adolfo	549	Sugestión de la multitud
HOBELER, Franz	547	La boja
HUSSERL, Edmund	541	Hacer filosofía
INSTITUTO DE LEXICOGRAFÍA	540	Presencia del quechua en el castellano boliviano
JANKÉLÉVITH, Vladimir	542	La muerte
JØRGEN NIELSEN, Hans	551	El ángel del fútbol
KAFKA, Franz	545	Kabulilla
LA NACIÓN	559	Ricardo Jaimés Freyre
LEIBNIZ	552	Progreso perpetuo
PEIRO PETARDOS	539	Convocatoria al fuego o a la crianza de cuervos
ROJAS, Casto	546	Reflexiones sobre la poesía y los versos
RULFO, Juan	559	Frases de Juan Rulfo
SARAMAGO, José	555	Escribir
SAINTRE	555	Escribir
VELIS-MESA, Héctor	544	Pan
VELIS-MESA, Héctor	556	Tautología
VELIS-MESA, Héctor	558	Domingo
ZAMUDIO, Adela	557	Del dolor y de la lucha

**NARRATIVA - CRÓNICA - ENTREVISTA - EPÍSTOLA - CUESTIONARIO - HOMENAJE**

AUTOR	EDIC.	TÍTULO
AIRA, César	563	Cuenta regresiva
ALBERCA, Manuel	563	Don Ramón y la guerra impersonal
ALBERONI, Francesco	547	La sacralidad amorosa
ARIZU RUIZ, Heberto	539	Con Numa Romero del Carpio
ARGUEDAS, Alcides	542	Owro en 1910
AYLLÓN, Virginia	547	Calla y come
BAINADAS, Josep	543	Alfonso Gamarra
BAINADAS, Josep	557	Una vida con libros
BAINADAS, Josep	558	Un duende que camina
BARROS CIUMACERO, Soledad	547	Su jorrazita final
BARYLEK, Jaime	560.	La filosofía, una invitación a pensar: Nuestro mundo de palabras. La religión y la soledad. El dios de los filósofos
BASHEVTS SINGER, Issac	548	La lavandera
BIOY CASARES, Adolfo	543	Mi amistad con las letras italianas
BOSSSTÉRE, Ralph de	545	En las publicaciones de autores sobrevividos siempre se perciben las grandes fuerzas latentes del hombre.

CÁCERES ROMERO, Adolfo	545	El ángel indio
CAJÍAS, Lupe	544	La triste historia del archivo polifónico
CAJÍAS, Lupe	548	Los Cazorla cuentan historias
CAJÍAS, Lupe	555	Pastor Aguilar ha muerto
CAJÍAS, Lupe	560	La melancolía brasileña
CAMUS, Alberto	547	Don juanismo
CANDÓN, Margarita	559	Pelos en el corazón
CANEDO DE CAMACHO, Georgette	547	La antorcha
CANETTI, Elías	553	El calientatémperas
CARVALHO OLIVA, Homero	544	<p>Dos versiones de una arenga. Amante ciego. El despertar. La luna. El ángel. Dime con quién andas y te diré quién eres.</p> <p>Origami. La viudita alegre</p>
CASAZOLA, Matilde	557	Querido tío Gunnar
CASTAÑÓN, Adolfo	559	Juan Rulfo: El silencioso testamento
CINGOLANI, Pablo	550	Bolivia según los otros
COLANZI, Liliana	551	El fin de semana estaré bien
CORNEJO BASCOPÉ, Gastón	538	Encuentro con Gabriela Mistral
CORNEJO BASCOPÉ, Gastón	545	<p>Homenaje a Jorge Calvmones y Calvmones:</p> <p>Cuando muere un poeta, muere una estrella</p>
CORNEJO BASCOPÉ, Gastón	558	Réquiem para el Dr. Josep María Barnadas Andriach
CORTÁZAR, Julio	552	Más sobre escaleras
COSÍO SALINAS, Héctor	541	Palabras en el recuerdo
DAVIS, Kenneth G.	550	¿Los hombre de Colón llevaron la sífilis a Europa?
ENRÍQUEZ GAMÓN, Efraín	552	La muerte interior
EYZAGUIRRE LLANQUE, Gloria	561	Entre ratones y palacios
FACIOLINCE, Héctor Abad	554	El último viaje del buque fantasma
FUENTES BELGRAVE, Laura	558	Cementerio de cucarachas
GALEANO, Eduardo	555	Alfonsina
GAMARRA DURANA, Alfonso	539	A la caza de leones en las calles de la ciudad universidad de Heidelberg
GARGALLO, Francesca	556	La piedra, la circularidad de la vida y el placer de construir juntos
GONZÁLEZ-ARAMAYO, Vicente	546	Homenaje a dos astros en la tierra
GONZÁLEZ-ARAMAYO, Vicente	553	El dedo de Dios
GONZÁLEZ-ARAMAYO, Vicente	559	La vida agitada de Nicolás Pagnoni
GUTIÉRREZ, Marcela	558	La colonia
GUZMÁN, Angélica	554	Entre los valles y la selva: El hombre al que seguran las mariposas. La luna es testigo
GRASS, Stephan	547	Esopo o el don de la Diosa
GUIMARAES ROSA, Vilma	539	La obra de mi padre
HALES, Jaime	554	La Fenicia de Gonzalo Rojas
HILDEBRANDT, Martha	562	El habla culta o lo que debiera serlo: Cantinflada. Plagiar
HINOSTROZA, Rodolfo	550	Chabaca Grande: la flor de Lima
IWASAKI KAWI, Fernando	545	Die Kartoffelbrot o "La flor de papa"
KUNDERA, Milán	548	El décimo primer mandamiento
LARA TÓRREZ, Gustavo	549	Cuentan por ahí que: El Doctore...
LEMA, Gonzalo	544	Nuestra América
LEMA, Gonzalo	548	La herida abierta
LEMA, Gonzalo	548	Mariposas amarillas
LEMA, Gonzalo	555	Desde el fondo de ti
LEMA, Gonzalo	560	La herida abierta
LOZADA PEREIRA, Blithz	543	Nuestro mal en Bolivia es que la gente no lee
MARIACA VALDÉS, Armando	545	Alfonso Gamarra Durana, un señor de la amistad y la palabra
MARÍAS, Javier	559	Por qué no están en el manicomio
MASTRETA, Ángeles	550	La mamá de viajar
MASTRETA, Ángeles	556	Abrir una ventana
MENDIZABAL SANTA CRUZ, Luis	540	Un salvaje muy culto. El sol está de incógnito
MENDOZA LOZA, Gunnar	540	Evocación de Jaime Mendoza
MENDOZA LOZA, Gunnar	557	Historia anticipada
MONTERO, Rosa	543	Mi hombre
MONTERROSO, Augusto	555	La raza que quería ser una Rana auténtica
MONTOYA, Víctor	559	Van Gogh
MORIN, Edgar	547	El amor moderno
MÚJICA LAINEZ, Manuel	546	El libro
NISTTAHUZ, Jaime	556	El bicho
OBLITAS, Arturo	541	La canción del molino
OCAMPO, Silvana	547	Celestino Abril
O'CONNOR D'ARLACH, Tomás	555	De sastre a capitán
ORTIZ, Armando	553	El jardín del Señor Chejov
OSTRIA GUTIÉRREZ, Alberto	561	Sebastião
PAZ, Octavio	557	Poesías del fin del mundo. Epístola de Octavio Paz

		a Pere Grunfelder
PAZ ZAMORA, Néstor	540	Muerte por inanición
PINO-ICHAZO TERRAZAS, Raúl	554	Juan Capriles, comunión de poesía, soneto y docencia
PINO-ICHAZO TERRAZAS, Raúl	562	Jorge Siles Salinas
QUIROGA DE URQUIETA, Rosario	547	La felpa de tu piel
QUIROGA DE URQUIETA, Rosario	562	De "Greda y Piedra": Ardiente sol
QUIROGA, Giancarla de	541	Se llamará Cristóbal
REYNOLDS, Demetrio	562	Glorias y desventuras de Don Juan
RÍOS GASTELLÚ, Mario	562	El Chayo en su nueva vecindad
ROCHA MONROY, Ramón	542	La vida en bicicleta: La Diabla en México. La Diabla y el ingeniero Hualpura
ROCHA MONROY, Ramón	563	Los brócoli en la vida de Óscar Wilde. Los poetas gordos
RODRÍGUEZ ROCA, Teresa	545	Homenaje a Jorge Calvmonites y Calvmonites: Valiente y vigesimo poeta aluplinico.
SÁBATO, Ernesto	540	Autoretrato
SAMPEIRO, Guillermo	542	Viento y lluvia
SEXTON, Ana	563	Lo que puede aprender un poeta
SUÁREZ CÉSPEDES, Bjóy	539	La máscara emplumada
SUÁREZ CÉSPEDES, Bjóy	549	El suplicio de Ana
SUÁREZ SAAVEDRA, Fernando	548	Calidoscopio callejero e histórico de Sucre
TAMBUZ, Binimio	563	Horizonte
TÉLLEZ HERRERO, Luis	557	Lo que se come en Bolívia: Oruro
URQUIETA MOLLEDA, Luis	543	Alfonso Gamarra, un hombre y una obra impecadera
URQUIOLO FLORES, Rodrigo	552	Existe la Bolivia geográfica y la que llevamos dentro, ambas pueden amarnos pero también matarnos
USTÁRIZ ARANDIA, Judith	547	Un hermano en mi vientre
VALLEJO CANEDO, Gaby	547	Las puntas de tus senos
ZUAZO NATHES, Alberto	540	Prólogo que vale un Potosí

### ENSAYO-CRÍTICA-VALORACIÓN-DISCURSO

AUTOR	EDIC.	TÍTULO
AMNESIS	561	La amnesia, paradigma de la felicidad del futuro
ARCINIEGAS, Germán	549	La magia de América
ARDUZ RUIZ, Heberto	547	El Diario de Ana Frank
ARDUZ RUIZ, Heberto	560	Drapado de poesía selecta
ARISTÓTELES	562	Sobre la serenidad o entereza
BARTHES, Roland	546	La extranjera
BARTHES, Roland	560	Un precioso regalo
BELTRÁN ÁVILA, Marcos	540	Origen del pilar de Conchupata
BELTRÁN SALMÓN, Luis Ramiro	552	El gran comunicador Simón Bolívar
CÁCERES ROMERO, Adolfo	558-60	La suma poética de Mifre
CALDERÓN G., Fernando	543-5	Los cholos carnales de Raúl Lara
CALZADILLA, Juan Antonio	544	La poesía como modo de la acción: Homensaje a Arthur Rimbaud
CASTAÑÓN, Adolfo	541	José Emilio Pacheco: Duelo del aire
CASTRO, Muzio	542	Premio Nacional de Periodismo 2013
CRESPO RODAS, Alberto	559	Lorenzo de Aldana
FUENTES MACÍAS, Carlos	538	Tiempo
FUNDACIÓN CULTURAL DEL BCB	561	Gunnar Mendoza Lora
GAMARRA DURANA, Alfonso	543	Ingreso de Humberto Vázquez-Machicado a la Academia Boliviana de la Lengua
GAMBOA ARCHA, Pilar	561	Una visión psicológica y transpersonal de "Huanzpachta" y la semblanza del autor
GONZÁLEZ-ARAMAYO, Vicente	549	La rama epistolar de la historia
GONZÁLEZ-ARAMAYO, Vicente	561	Peña de Sucre
GUERRA GUTIÉRREZ, Alberto	538	Un poeta tras los cristales del cielo
HEIDELBER, Karl de	561-2	Entre el texto y el extrañamiento
IPÍÑA MELGAR, Enrique	562	"Nuevas sugerencias intertextivas". Diez ensayos de filosofía, política y cultura
IRAIOZ, Francisco	563	El modernismo en América
IWASAKI CAUTI, Fernando	558	El texto como pretexto
JACOMET, Pierre	542	Dante Alighieri: La divina comedia
JACOMET, Pierre	562	Platón: "Diálogos"
LÓPEZ MORALES, Humberto	553	Del castellano al español
LOZADA PEREIRA, Blithz	554	La filosofía de la medicina moderna
LOZADA PEREIRA, Blithz	556-8	"Una mirada crítica sobre el indianismo y la descolonización" de Hugo Celso Felipe Mansilla
MANSILLA, Hugo Celso Felipe	542	La fortaleza creciente del régimen populista
MANSILLA, Hugo Celso Felipe	548	Tradiciones culturales, élites convencionales y estética popular en América Latina
MANSILLA, Hugo Celso Felipe	551	La aristocracia tradicional y la moderna elite política



MANSILLA, Hugo Celso Felipe	555	Una mirada crítica sobre el indianismo y la descolonización. Resumen acerca de una temática incómoda
MANSILLA, Hugo Celso Felipe	559	La calidad de la vida y la modernidad
MARTÍNEZ SALGUERO, Jaime	541	Algunas características del lenguaje boliviano
MARTÍNEZ SALGUERO, Jaime	556-7	Sufimiento en Juan Pablo II
MARTÍNEZ, Iben	551	Romero's Blues
MONTIEL, Alejandro	545	William Shakespeare: la fecundidad en persona
MUÑOZ, Willy Oscar	562	Rosario Quiruga de Urquiza. "Gredas y piedra"
ÓRDENES LAVADENY, Jorge	547-56	La adversidad en la novelística de Alcides Argüedás, vivida y vigente
PAREDES CANDIA, Antonio	550	El sexo en el folklore boliviano
PATÓN, Javier	559	Exposición "Obra de una vida": Erasmo Zarzuela
PRUDENCIO, Sergio	555	La música en el siglo XX
QUEREJAZU LEYDÓN, Pedro	538-41	Luis Niño, el famoso desconocido
REVOLLO FERNÁNDEZ, Antonio	546	Una carta para reflexionar: De Daniel Sánchez Bustamante a su hijo Jaime
RÍOS QUIROGA, Luis	557	Don Gunnar Mendoza y la Peña de Sucre
RIVERA, Érika J.	552-3	El aporte de Guillermo Francovich a la difícil formación de la identidad nacional
RODRÍGUEZ, Teresa Constanza	549	Huancapacha
RODRÍGUEZ, Teresa Constanza	561	Manuel Vargas: Sal de tu tierra
ROSSO, Carlos	538	La ópera de Villalpando
SÁNCHEZ, Claudio	562	Vuelos sobre la gran metrópoli de Buenos Aires por el aviador Juan Mendoza
SANJINÉS C., Javier	543-5	Los cholos carnales de Raúl Lara
SERRES, Michel	551	Novedades
SUÁREZ, Bityú	554	Función privada
TAMAYO, Franz	550	Fueros de la prensa
TARQUI MALDONADO, Wilsoi	538	Sentido y forma del "Enigma estético" de Franz Tamayo en la "Dedicatoria" de la Prometeida
TERÁN CABERO, Antonio	545	La nueva novela de Edgar Ávila Echazú
TERÁN CABERO, Antonio	560	Uno necesita seguir escribiendo mientras más se inventa a sí mismo
UNAMUNO, Miguel de	546	Mi religión
URQUIETA MOLLEDA, Luis	557	Peña de Sucre
VALLEJO CANEDO, Gaby	538	La salvación por la palabra
VALLEJO CANEDO, Gaby	558	Relatos desde lo tenebroso
VARGAS LLOSA, Mario	541	Chiquitos y la música
VARGAS LLOSA, Mario	561	¿Cuál fue el punto de partida de Madame Bovary?
VOLPI, Jorge	552	La máquina de emociones
WESTPHALEN, Emilio Adolfo	547	Eguren y Vallejo, dos casos ejemplares
ZÁRATE, Freddy	539	La retórica en la profundidad en Jaime Sáenz como quimera seductora
ZÁRATE, Freddy	544	Alcoholatum & otros escritos marginales
ZÁRATE, Freddy	552	La gloria efímera del escritor Daniel Pérez Velasco. Breve aporte a la historia intelectual boliviana
ZOLLA, Carlos	549	Astor Piazzolla: Del lado de arriba, del lado de abajo, de muchos lados
ZUAZO NATHES, Alberto	540	Prólogo que vale un Potosí

# **POESÍA - PROSA POÉTICA**

AUTOR	EDIC.	TÍTULO
AGUSTINI, Delmira	555	Ofrendando el libro. Con tu retrato. De mi nupcia a la muerte. ¡Ave envidia! El vampiro. La esperanza
ARZE QUINTANILLA, Oscar	541	Al poeta José Ignacio Cornejo
CANELAS LÓPEZ, Jaime	541	Al poeta José Ignacio Cornejo
CASAZOLA, Matilde	557	Los oscuros
CHÁVEZ CAMACHO, Benjamín	546	Terra, Logos y Anne Sexton
COBIBRA SANZ, Germán	563	Lascivia. Tras chaquiras. Sha-Quibaca. Posiquich. Gotas de rocío
CONDARCO SANTILLÁN, Carlos	558	Blanca soledad
CORNEJO, José Ignacio	541	Canto a Iberoamérica. Me despidió de mí. No es este el acostumbrado padecer
DAHER, Gary	556	La senda del Samai. Uno, Dos, Tres, Cuatro, Cinco, Seis
DARÍO, Rubén	543	Letanía de nuestro señor Don Quijote. Los cines
DE LA CRUZ, Juana Inés	557	Correspondencias entre amor y aborrecer. La heroica esposa de Pompeyo, alivia. Dices que yo te olvido, Celso, y mientes. El ausente, el celoso, se provoca. ¿En perseguirme, mundo, qué intereses? Verde embeleso de la vida humana
ENCALADA VÁSQUEZ, Oswaldo	562	Ombigo
ESPRONCEDA, José de	552	Despedida del patrino griego de la hija del apóstata
FERNÁNDEZ COCA, Joel	547	Veta Guernica - Mina San Vicente. Montañas mineras
GARCÍA ORTEGA, Julia G.	546	Oración

GARECA RODRÍGUEZ, Sergio	546	Abierta la selva
GELMAN, Juan	540	Lamento por Gallagher Bentham. Muertes. Actos. Mundo
GÓNGORA Y ARGOTE, Luis de	561	A don Francisco de Querado. No destruyas nave en roca dura. A una dama muy blanca, vestida de verde. En el cristal de tu divina mano. En la capilla estoy y condenado. En el sepulcro de la Duquesa de Lerma
GRANDA, Chabuca	550	El gallito camarán. Flor de la cañela
GUTIÉRREZ LEÓN, Anabel	549	Yo soy la otra. Soy el silencio. Soy. Quiero. Donde había soledad. Cae en mi cuerpo. Aunque periga.
GUZMÁN ORTIZ, Edwin	549	El maestro
IBARBOROU, Juana	538	Como una sola flor desesperada. Reconquista. La higuera. La hora
IBARGOYEN, Saul	558	El escriba otra vez
LANZA, Adriana	551	sugestión. Pasajes. Indecisión. Inagotable. La luna. Ser lo que ves. Silvestre. Desborde
LASTRA, Pedro	562	Datos personales. Plaza sitiada. Presencia del amor. Carta nocturna. Adagio. El sol, autor de representaciones
LIHN, Enrique	544	La aparición de la virgen
MILÁN, Eduardo	559	Homenaje al lenguaje
MONTAÑO CABERO, Milena	546	Emociones puras
MONTÓYA, Rodry	554	Una boja de coca. Ciudad I. Me quitó los ojos. Adán I. Adán 2. Soy feliz. Confieso. Es igual
MURILLO BÉNICH, Hugo	555	Sensaciones I & II. Geométrica 5-11
PAZ, Octavio	548	Refutación de los espejos. Aunque es de noche
PEÑA CLAROS, Claudia	560	Las mujeres de mi casa. En Urbichú. Nuestra casa. Cuando me muera. Madre reniega de mí. Grupos
PINTO, Manuel María	553	Quia Sunti
QUINO MÁRQUEZ, Humberto	539	Ópera pura. Fragmento póstumo. Cuaderno de amante. Romance de un sexo laico. La calavera de Borda. Un penique para el viejo gay. Retrato de poeta I. Silba para una despedida. Soliloquio del homo maniacus. Raquel. Aviso. En la piel del siervo
RÍOS GASTELÚ, Mario	547	Volver en verso (16)
SALINAS, Pedro	545	Alba de Matador. Homenaje a Don Quijote a Don Quijote de la Mancha
SHIMOSE, Pedro	558	Pasa el amor. Biografía de mi padre. Poema de amor. Bolero
TERÁN CABERO, Antonio	539	Poema del soldado ciego
URQUIETA MOLLEDA, Luis	542	Elogio de la poesía. Recuerdo del poeta. Mundo perdido. Reminiscencia para el soliloquio
VÁSQUEZ MÉNDEZ, Gonzalo	541	Al poeta José Ignacio Cornejo
VERLAINE, Paul Marie	550	A una mujer. Tú creas en el ron del café. Lasiitud. Mujer y gata. Serenata

**EL MÚSICO QUE LLEVAMOS DENTRO.** Blanca Wiethuchter: "La ópera de Villalpando" (538). Taky Ensemble: "Panorama de la música contemporánea en Bolivia" (539). René Aguilera Fierro: "Teresa Laredo, musicoterapia, salud y felicidad" (540). Jiwaki: "Willy Claire" (541). Roberto Prudencio: "Humberto Viscarra Monje" (542). Carlos Rosso: "Ser músico en Bolivia" (543-4). Gastón Arce Sejas: "Un compositor boliviano" (545-7). Alberto Villalpando: "En torno al carácter de la música en Bolivia (548-9). Carlos Rosso Orosco: "De la música de los músicos" (550-1). Gabriel Salinas: "Cartografías de la música boliviana" (552). Gustavo Ángel: "Alfredo Domínguez, el genio salvaje" (553). Gabriel Salinas: "Ernesto Cavour" (554). Gabriel Salinas: "Cartografías de la música boliviana" (555-8). Marcelo Guardia Crespo: "La industria cultural y el folklore" (559). Gabriel Salinas: "Sobre el sentido de las cartografías que hemos propuesto en las publicaciones anteriores (560). Gabriel Salinas: "¿Un boom de la música folklórica boliviana? (561). Fundación Simón I. Patiño: "La Música en Bolivia. De la prehistoria a la actualidad" (562). De los Andes: "Bolivia en el corazón" (563).

**DESDE MI RINCÓN - TAMBOR VARGAS.** Bel Zaballa: "Carne Junyent: Que se acabe esta comedia de desdoblamiento masculino y femenino" (539-9). Joan Mira F.: "Sobre Grillo y los Grillini" (540). Tambor Vargas: "Lenguas y política" (541-2). Josep Miró I Ardévol: "¿La ONU? No. Un comité de expertos. Un nuevo e injustificado ataque contra la iglesia (543). Tambor Vargas: "¿Un Padrenuestro chuto? (544). Tambor Vargas: "Comentarios a un Manifiesto" (545-6). Tambor Vargas: "Miguel Maticorena, una vida singular" (547). Vicente Partal Montesinos: "Tres cerros" (548). Mireia Rourera: "Serra els fills" (549). Tambor Vargas: "Traducir II" (550-1). Pere Cardús: "¿Tercera vía? Hablemos de ella" (552). Tambor Vargas: "¿Lefebvrismo u otras hierbas? 2" (553-4). Tambor Vargas: "Batallón: Un cierto hispanismo (555). P. Henri Boulard: "Egipto: Europa, ¡cuidate de no perder tu alma!" (556).

**ILUSTRACIONES DE ERASMO ZARZUELA.** 538 (Otoño); 539 (Biombo de una costurera); 450 (Virgen del Socavón); 541 (San Francisco); 542 (Gran devoto); 543 (Estudios); 544 (Rostros); 545 (Retrato de la señora Daysi); 546 (Bienaventurado); 547 (Q'usillu); 548 (Curiosidades); 549 (Paisaje); 550 (Paisaje urbano); 551 (Super ángel); 552 (Mujer); 553 (Luna verde); 554 (Retrato); 555 (Gallo); 556 (Agonía del Quijote); 557 (Peña de Sucre); 558 (Pueblo de Umala); 559 (Caballos); 560 (Paisaje suburbano); 561 (Invitación); 562 (Pintura I); 563 (I)

**EDICIONES "EL DUENDE".** 2014. 538 (enero 5); 539 (enero 19); 450 (febrero 2); 541 (febrero 16); 542 (marzo 2); 543 (marzo 16); 544 (marzo 30); 545 (abril 13); 546 (abril 27); 547 (mayo 11); 548 (mayo 25); 549 (junio 8); 550 (junio 22); 551 (julio 6); 552 (julio 20); 553 (agosto 3); 554 (agosto 17); 555 (agosto 31); 556 (septiembre 14); 557 (28 septiembre); 558 (octubre 12); 559 (octubre 26); 560 (noviembre 9); 561 (noviembre 23); 562 (diciembre 7); 563 (diciembre 21).





# EL MÚSICO QUE LLEVAMOS DENTRO

## Bolivia en el corazón

Para quienes empezamos escuchando los discos que se podían encontrar en Europa, poder acceder al archivo musical de Bolivia era como un sueño, encontrar *El Dorado* discográfico donde seguro nos esperaba todo aquello que habíamos soñado. Se trataba de escuchar la verdadera música folklórica boliviana, no las que nos mostraban los grupos argentinos o chilenos que eran quienes solían grabar la mayoría de los discos que bajo la denominación de música andina circulaban por aquí.

Porque precisamente se trataba de eso, de huir de lo que se podía escuchar en nuestros países y poder hacerlo con lo que según nuestro pobre entendimiento era la verdadera raíz de la música que nos gustaba. Y por los pocos discos que llegaban de Bolivia, aquel país se nos presentaba como algo mucho más distinto, con la autenticidad que tanto buscamos.

El adquirir aquellos primeros discos era recibir algo totalmente nuevo, los instrumentos sonaban distinto y con mucha más variedad, se escuchaban otros idiomas, otros ritmos. Un disco tras otro se oía con mucha atención, se leían los comentarios impresos en las carpetas, toda aquella información sustituía la que se conocía anteriormente. Se forjaban nuevos ídolos entre los músicos y compositores. Las fotografías de los grupos con ponchos y lluchus se convertían en el ideal, eran los valedores de aquel tesoro musical. Quienes mejor que los propios aimaras y quechuas para poder representar las tradiciones de sus comunidades. Era fácil y obligatorio llegar a la ecuación: intérprete aimara/quechua = música aimara/quechua. Y se debía defender, era imposible e irresponsable no hacerlo.

Comenzamos a conocer musicalmente los distintos departamentos y las diferencias entre ellos. Pensamos que se había llegado al final del camino, no se podía encontrar ya nada mejor. Se trataba ya de adquirir y adquirir, forjando una colección donde estaba todo lo editado desde finales de los años 60, había que atesorar semejante tesoro y disfrutarlo. Nos habíamos convertido en especialistas en la música boliviana, los mejores conocedores y quienes mejor podrían dar fe de todo lo encontrado. Desde la distancia, era muy fácil creerse la idea preconcebida, forjada por nuestros propios deseos.

En cuanto a los discos se podía encontrar todo tipo de intérpretes y estilos musicales. Si consideramos que Los Jirras fue el primer grupo "estable", marcando la formación más típica de los posteriores grupos (queña, charango, guitarra y bombo, faltando la zampoña para terminar el quinteto por antonomasia), después ha habido épocas donde ha primado distintos tipo de música. En los años 70 fue una eclosión del folklore tradicional del Altiplano. Aunque anteriormente Ruphay había mostrado una variedad mayor en la instrumentación incluyendo aerófonos de uso comunitario en sus discos (mal interpretados y en sus voces se notaba una clara influencia de los grupos vocales argentinos). Sería el Grupo Aymara quien en su primer disco *Concierto en los Andes de Bolivia* marcaría en cierta medida lo que surgiría más adelante. Sobre



todo el tema *Mi Raza* (autor Clarken Orosco) mostraba otro tipo de música, una creación propia pero con base en la tradición. Después sería un grupo nacido en el rock, Wara, quien fusionaría tradición y música moderna. Sus miembros desconocían la música tradicional por lo que fueron a las comunidades para estudiarla. Con la incorporación de músicos de Grupo Aymara grabaron los discos *Maya* y *Paya* donde se mostraban por primera vez representaciones de fiestas aimaras, encadenando distintas danzas e instrumentos. En las presentaciones en vivo creaban el ambiente de una fiesta incluyendo efectos y sonidos ambiente. Al mismo tiempo de estas incursiones en la tradición, coexistían otro tipo de música cuyo principal impulso era mostrarla estilizada, basado sobre todo en una gran interpretación instrumental (Savía Andina) o añadiendo un temario más romántico (Kjarkas). En los 80 grupos como Mallku de los Andes o Rumillajta (algunos de los componentes han participado indistintamente en ambos grupos) comenzaron a marcar un nuevo rumbo, conviviendo con los grupos que intentan mostrar la música nativa (el caso de Kollamarka). Pero aunque ya era bastante conocido, la fama internacional surgida a partir de un plagio de una de sus canciones, los Kjarkas tuvo una proyección inimaginable, constituyéndose en el grupo más famoso en Bolivia. Lo peor de esto fue la cantidad de grupos surgidos a su estela cuyo único propósito era parecerse a ellos y aprovechar el tirón

comercial. Así los 90 sería campo abonado a ese tipo de música, con letras románticas y música muy simple, donde comienzan a primar los ritmos bailables de los grandes desfiles: morenadas, caporales (en los discos aparecían como saya, simplificando la música negra de la zona de Los Yungas), cullaguadas... es en estos años cuando los discos parecen casi todos iguales entre sí, tal vez ese sea el motivo por el que surge *Música de Maestros*, rescatando los músicos de principios del siglo XX y convirtiéndose en una orquesta criolla donde cada año edita un nuevo disco (al final también terminan haciendo siempre lo mismo). Con el nuevo siglo continúan los ritmos "calientes" (no hay disco sin morenadas, cuando en los 70 o primeros 80 era raro encontrarlas), y comienzan a crearse grupos tipo estudiantina (Alaxpacha, Quiabaya...).

Esto sería un resumen muy simplista de la discografía boliviana. Pero siempre centrado en la música de las grandes ciudades (sobre todo La Paz y Cochabamba), pero al mismo tiempo había una gran cantidad de discos de intérpretes mestizos de Potosí (Bonny Alberto Terán, Ruperta Condori...), y muy pocos de las comunidades indígenas (el famoso disco de los Comunarios de Niño Corín, o la gran grabación de Sumac Horckos de Cacachuca)

Tomado de [www.delosandes.com](http://www.delosandes.com)